

Los ladrones somos gente honrada

Comedia casi policiaca en un prólogo y dos actos

Enrique Jardiel Poncela

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicasen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística, fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Edición de Enrique Gallud Jardiel
ISBN 978-84-16564-59-0
© 2021 Paradimage Soluciones

Prólogo a la edición digital

Enrique Jardiel Poncela (Madrid 1901-1952) fue un escritor y dramaturgo español. Su obra, relacionada con el teatro del absurdo, se alejó del humor tradicional acercándose a otro más intelectual, inverosímil e ilógico, rompiendo así con el naturalismo tradicional imperante en el teatro español de la época. Esto le supuso ser atacado por una gran parte de la crítica de su tiempo, ya que su humor hería los sentimientos más sensibles y abría un abanico de posibilidades cómicas que no siempre eran bien entendidas. A esto hay que sumar sus posteriores problemas con la censura franquista. Sin embargo, el paso de los años no ha hecho sino acrecentar su figura y sus obras siguen representándose en la actualidad, habiéndose rodado además numerosas películas basadas en ellas.

En este volumen presentamos **Los ladrones somos gente honrada.**, una divertidísima comedia coral sobre ladrones de guante blanco, llena de acción y de humor, que hará las delicias del lector más exigente.

*Consulta el catálogo completo de obras publicadas por Paradimage en
www.paradimage.es*

Indice

PRÓLOGO.....	7
ACTO PRIMERO	19
ACTO SEGUNDO	55

La acción, en Madrid los actos primero y segundo, y actualmente. El prólogo, tres meses antes, en una finca de verano, en San Sebastián.

PRÓLOGO

Telón corto, en las primeras cajas, que representa la terraza de un hotel o villa particular. El foro, absolutamente constituido por el jardín: un telón negro, porque es de noche y el jardín aparece completamente en sombras; dicho jardín figura rodear la casa, y sobre él se levanta la terraza en cuestión. En la izquierda, un paño estrecho, con puerta de cristales, que desde la terraza sirve de acceso a la finca. Se supone que el patio de butacas es un estanque situado en el jardín; y paralela a la batería corre de derecha a izquierda, todo a lo ancho de la embocadura del escenario, una balaustrada de piedra, la cual por el extremo izquierda termina y muere en el paño de la puerta, y por el extremo derecha se pierde en las cajas. La balaustrada simula, pues, limitar y bordear el estanque invisible, y por entre la balaustrada y la batería hay una faja de hierba o césped.

Son las doce menos veinte minutos de la noche. Se celebra una fiesta en la casa, y de vez en cuando el rumor de una música de baile llega hasta la escena. Al levantarse el telón, la escena desierta. Hay una pausa, durante la cual se oye la música que suena dentro y que ya se ha oído, durante unos instantes, con el telón echado. De pronto cesa la música y

EMPIEZA LA ACCIÓN

Hacia la derecha, dentro, se oye un silbido prolongado, seguido de dos cortos. La puerta de la casa se abre poco a poco, para dar paso a *Daniel*. Es un hombre de treinta y cinco o treinta y seis años, bien plantado, de aire enérgico, decisivo y resuelto. Va de frac o de *smoking* y sin nada a la cabeza. Se dirige rápidamente hacia la derecha y queda mirando hacia dentro. Se oye un nuevo silbido y en seguida, por la derecha, pisando la faja de césped, entra el *Pelirrojo*, un individuo vestido de criado, de aire listo y sagaz. Avanza con precauciones y se reúne con *Daniel*.

DANIEL.—¿Qué pasa?

PELIRROJO.—Nada, Daniel. Te avisaba para que supieras que por nuestra parte está todo listo.

DANIEL.—¿Y no hay novedad, «Pelirrojo»?

PELIRROJO.—Ninguna.

DANIEL.—Por aquí dentro también van bien las cosas.

PELIRROJO.—Lo esperaba: porque donde tú trabajas y lo que tú diriges...

DANIEL.—La invitación que falsificaste a nombre del argentino Juan Torres, con la que logré entrar en la fiesta, ha pasado como buena. Cada cual me ha supuesto conocido de los demás..., y desde hace una hora soy amigo de la infancia de los dueños de la casa..., «tus amos», y de varios invitados importantes.

PELIRROJO.—Bueno, es que, realmente, eres el único.

DANIEL.—¿Está ahí todavía el «Tío del Gabán», o se ha ido ya a su sitio?

PELIRROJO.—No. Está aquí aún, echando un pitillo para tranquilizarse, mano a mano con el «Castelar».

DANIEL.—Llámalos.

PELIRROJO.—*(Asomándose a la derecha y dirigiéndose hacia dentro, a media voz.) ¡Pchs! ¡«Tío»! ¡«Castelar»!... ¡Zumbad, que os llama Daniel! (Mirando hacia dentro, sonriente.) Son unos pintarrias, pero no los hay más decididos en el oficio... (Por la derecha, por la franja de césped, aparece el ilustre personaje conocido por el «Tío del Gabán». Es, efectivamente, una pinta de edad indefinida, vestido con una ropa indescriptible, color de ala de mosca. También la gorra que luce ha debido de ser premiada en varias exposiciones.)*

TÍO.—¿Ocurre algo que me afezte?

PELIRROJO.—El jefe te dirá.

TÍO.—¿Qué hay, «Melancólico»?

DANIEL.—¿Por qué no estás en tu sitio?

TÍO.—Porque tú me diste orden de que aztuase a las doce en punto, y como no son más que las doce menos veinte...

DANIEL.—Pero ¿a las doce?

TÍO.—A las doce estaré en mi puesto como un clavo.

DANIEL.—¿Y el «Castelar»?...

TÍO.—Se ha quedao ahí, metiéndose unas piedrecitas en la boca, pa ver si así consigue hablar claro contigo, porque hoy está incapaz.

PELIRROJO.—Aquí viene. *(Por la derecha surge el Castelar, otro pinta como el Tío, con un gran aire de pasmado, pero que, en realidad, no tiene de pasmado más que el aire. Da la sensación de que habla en rumano.)*

CASTELAR.—Atarapaná maléfico.

TÍO.—Esto es que te saluda.

CASTELAR.—Tora de tarum picitas pormoción, pero trupemenerdio todo.

TÍO.—Dice que se ha tragado las piedrecitas y que se le traba la lengua de la emoción, pero que está dispuesto a todo.

PELIRROJO.—Oye... ¿Es que ahora le traduces lo que habla?

TÍO.—Sí. Pero cuando el párrafo es largo, le cobro una peseta.

DANIEL.—Tú no olvidarás mis instrucciones, «Tío».

TÍO.—Descuida. A las doce en punto, en cuanto que empiecen a sonar las campanadas del reloj del asilo de la esquina, que, por cierto, va seis minutos atrasao, apagaré la luz de toda la casa.

DANIEL.—Eso es.

TÍO.—Y éste también está al tanto de lo suyo.

CASTELAR.—Atropó mistigale turliendo turliendo; con la pandalla del droguro caresto colupinas logran dar ler otros.

TÍO.—Venga la peseta. *(Castelar le da una peseta, que el Tío se guarda. A Daniel.)* Ha dicho que él y tres hombres más de la pandilla de Isidro el «Inseguro» tienen su puesto en las cocinas. Y que, aprovechando el barullo, llegarán hasta el salón grande a ayudarte a ti y a los otros.

DANIEL.—¿Y los coches?

TÍO.—Dispuestos para la fuga, en la fachada que da al rompeolas. La verja está abierta, y de los perros tampoco ties ya que preocuparte...

DANIEL.—*(Serio.)* ¿Habéis matado a los perros?

TÍO.—No. Les hemos traído una perra a cada uno. Están encantaos. *(Ríen.)*

DANIEL.—¡Chist! No arméis ruido. ¿Tú no «descuidarás» tu misión, «Pelirrojo»?

PELIRROJO.—No pases cuidado. Como nadie sospecha de mí, después de dos meses de servir a conciencia en la casa, ya sé que mientras dure la cosa, yo, ¡quieto! Y que en cuanto que se oiga el ruido de los coches, huyendo de la fachada de atrás, a entrar en el salón, disimulando y preguntando azorao: «Pero ¿qué ha pasao aquí? Pero ¿qué ha pasao aquí?...» Con la mayor cara de idiota que me sea posible...

TÍO.—...que es mucha.

PELIRROJO.—Esta es la cara de idiota que voy a poner. (*La pone.*)

TÍO.—Puede que sea demasiao.

DANIEL.—Y si todo sale bien, como supongo, ya sabéis: a primeros de mes os venís con éste (*por el Pelirrojo*), que os esperará en la frontera de Portugal y os tendrá preparado, en Ayamonte, lo que os haya correspondido en el reparto.

TÍO.—Se le hace a uno la boca agua de pensar que, si todo sale bien, de esta hecha puede uno retirarse de los negocios...

DANIEL.—Todo el que quiera podrá retirarse. (*Con voz sorda.*) El que buscara dinero nada más, desde luego que se podrá retirar.

PELIRROJO.—¿Y tú no, Daniel?

DANIEL.—Yo ya he comprobado por mí mismo hace tiempo que el dinero no basta para vivir a gusto. A mí no me retiraría más que una mujer. Tal vez si encontrase una mujer joven e inocente...

TÍO.—Pues no pides tú na...

CASTELAR.—¿Y para qué querrías que fuese inocente?

TÍO.—Pa que dejase de serlo a su lado, so primo.

CASTELAR.—¿Y joven?

TÍO.—Pa que le durase más tiempo.

CASTELAR.—(*A Daniel, admirado.*) ¡Con razón se te conoce en la profesión por el «Melancólico»! Y por algo se murmura que eres un hombre raro...

DANIEL.—(*Volviendo la cabeza bruscamente hacia la izquierda.*) ¡Chist! ¡¡Calla!! (*Queda escuchando.*)

TÍO.—¿Eh?

DANIEL.—Alguien sale...

CASTELAR.—(*Tragándose las piedras del susto.*) Achumpe te renesta tiren demigarcio andata...

TÍO.—Dice éste que el que sea va a meter la pata...

DANIEL.—No hay cuidado. Si es hombre, lo arrastraré para adentro charlando. Si es mujer, me la llevaré a bailar. El plan no debe alterarse por nada. ¡Cada uno a su puesto con los relojes al segundo! ¡Todos prevenidos!

TÍO.—Bien.

PELIRROJO.—Conformes.

CASTELAR.—Atrupacio.

DANIEL.—Y a las doce en punto, ¡decisión, confianza y al bulto! (*Se van los tres agachándose, para ocultarse con la balaustrada, y desaparecen por la derecha. Ya es tiempo. Porque por la izquierda, por la puerta de cristales, que vuelve a cerrar tras sí, ha surgido la delicada silueta de Herminia. Es una muchacha, vestida de noche, de edad indefinida. Por la firmeza y soltura de sus líneas, puede tener dieciocho o veinte años; pero, por el aplomo, la gallardía y la determinación de sus gestos, representa mucho más. Sus ojos, que miran de frente y con firmeza, tienen el fuego propio de los caracteres apasionados, y en el trazado de la boca se le descubre una rara energía. Todo ello contrasta con la delicadeza juvenil de su aspecto, formando un conjunto poderosamente atractivo. Herminia avanza lentamente, como si se saliese de la terraza sin objetivo fijo. Saluda a Daniel con una simple inclinación de cabeza y se acerca a la balaustrada, apoyando en ella sus brazos abiertos y mirando a lo alto. Daniel contesta a la inclinación de cabeza de ella.*)

DANIEL.—Buenas noches... (*Larga pausa. Daniel intenta entablar conversación.*) Precioso cielo, ¿eh?... (*Herminia ni contesta, ni siquiera mira a Daniel. Él vuelve a la carga.*) Precioso cielo y preciosa luna, aunque demasiado pálida. Alguien ha dicho que la luna está tan pálida porque hace exclusivamente vida de noche. No deja de tener gracia, ¿verdad? (*Herminia le mira un solo instante, distraídamente, como si fuera un mueble, y no contesta. Nueva pausa. Y como Herminia mira hacia abajo, donde se supone que está el estanque, Daniel mira también hacia abajo, y toma el estanque de tema para un nuevo intento.*) ¡Qué fuerza misteriosa la de la luz de la luna cuando se refleja en las aguas de un estanque! (*Acercándose a Herminia y mirándola insinuante.*) La misma fuerza misteriosa que adquiere una mujer cuando, en lugar de hablar, lo mira todo silenciosa y ensimismada. (*Daniel, ante el mutismo de Herminia, echa miradas*

impacientes a su reloj. Lanzándose de nuevo.) Y, al fin y al cabo, ¿para qué hablar? Tiene usted razón. El silencio es lo más elocuente que existe. Sólo cuando callamos lo decimos todo...

HERMINIA.—Entonces, ¿por qué no se calla usted?

DANIEL.—*(Se le escapa un suspiro de alegría por haber logrado hacerle hablar.)* Porque yo no tengo nada que decir.

HERMINIA.—¿Y si tuviera usted algo que decir, se callaría?

DANIEL.—Sí.

HERMINIA.—Pues es una pena que no tenga usted nada que decir.

DANIEL.—Supóngase que estuviese un rato sin hablar. ¿Sabe usted lo que diría con mi silencio? Pues que mi alegría suprema sería entrar de nuevo ahí *(Por la izquierda)*, y que bailásemos juntos un baile, dos bailes, todos los bailes de la noche...

HERMINIA.—Gracias, pero aborrezco el bailar.

DANIEL.—Me extraña en una muchacha como usted.

HERMINIA.—*(Burlona.)* ¿Como yo? Pues ¿qué edad cree usted que tengo yo?

DANIEL.—Dieciocho..., veinte...

HERMINIA.—*(Enderezándose, después de reír, mirándole con lástima.)* ¡Dieciocho! ¡Veinte! ¡Cuánta ingenuidad!

DANIEL.—*(Maravillado.)* ¿Ingenuidad?

HERMINIA.—Ingenuidad, claro... *(Vuelve a reír.)*

DANIEL.—*(Con cierta broma.)* ¿Le parezco a usted realmente un ingenuo? ¡Qué extraordinario!

HERMINIA.—Por lo demás, todos los hombres son ustedes igualmente ingenuos.

DANIEL.—*(Con guasa.)* ¿Ha tratado usted a muchos?

HERMINIA.—Los suficientes para aprender esa verdad; y para saber también que si todos los hombres son igualmente ingenuos, aquellos que la sociedad tiene por malos, como ladrones, estafadores y delincuentes de diversas clases, esos son los más ingenuos de todos...

DANIEL.—(*Poniéndose serio de un golpe, ya para siempre, y sin poder evitar un sobresalto.*) ¿Eh?

HERMINIA.—¿Decía usted algo?

DANIEL.—Decía «eh». Simplemente «eh».

HERMINIA.—(*Ligeramente.*) Por otra parte, también es verdad que he cumplido los treinta y cuatro años...

DANIEL.—¡Los treinta y cuatro años!

HERMINIA.—Que mi vida ha sido hasta ahora tan novelesca como pueda serlo, por ejemplo, la vida de usted...

DANIEL.—(*Interrumpiéndola, ya alarmado.*) ¿Mi vida?

HERMINIA.—... y que, en realidad, en el mundo ya no hay nada ni nadie capaz de asombrarme. He viajado por casi toda la tierra y en mi camino se han cruzado, por lo tanto, hombres de los más opuestos caracteres y profesiones.

DANIEL.—¿Incluso delincuentes?

HERMINIA.—Eso es. Incluso estafadores y ladrones... ¿Le asusta?

DANIEL.—¡Tanto como asustarme!...

HERMINIA.—Hace quince años que abandoné la casa de mis padres por el amor de un hombre que no lo merecía: como tantas otras muchachas. Tuve una hija, que me fue arrebatada al nacer, y de la que no he vuelto a saber nada, y traté por primera vez delincuentes en viaje a Buenos Aires, cuando salí de España huida y queriendo olvidar. Ellos me ayudaron a su modo, porque yo viajaba sin un céntimo; pero al tocar en Río ya había reunido seiscientos pesos. Los había «ganado» asociándome a uno de ellos, un tal Díaz, que «trabajaba» las líneas sudamericanas jugando al *poker* con ventaja.

DANIEL.—Oiga usted; ¿aquel Díaz tenía una cicatriz en la cara?

HERMINIA.—Sí.

DANIEL.—¿En qué parte de la cara?

HERMINIA.—En la frente.

DANIEL.—¡Justo! En la frente.

HERMINIA.—¿Es que acaso le ha conocido usted?

DANIEL.—No... Bueno, es decir, sí. Me ganó el dinero en una travesía. ¿No ha dicho usted que él «trabajaba» las líneas marítimas sudamericanas? Yo he hecho ese viaje varias veces... ¿Y cómo acabó aquello?

HERMINIA.—Enamorándose Díaz de mí y huyendo yo de él en cuanto llegamos a Buenos Aires. Después pasé a Chile con un tal Landau, que se dedicaba a la venta clandestina de cocaína: un negocio seguro y relativamente ilegal...

DANIEL.—¿Relativamente ilegal? ¿Era quizá que la cocaína que vendía Landau contenía un cincuenta por ciento de perborato?

HERMINIA.—No. Era que contenía un noventa por ciento de ácido bórico... (*Ríen.*) Pero, por desgracia, la cocaína que Landau y yo nos acostumbramos a tomar algún tiempo después carecía de ácido bórico en absoluto; y, al año, Landau moría intoxicado en ciudad de México, y yo ingresaba en un sanatorio de Veracruz. Curé gracias a los esfuerzos desesperados de un médico austriaco, que, no contento con haberme vuelto a la vida física, normalizó del todo mi vida espiritual casándose conmigo. Guillermo y yo nos trasladamos a Colombia, a las plantaciones de caucho del Alto Orinoco. ¿No ha estado usted nunca en una plantación de caucho del trópico? Son sitios olvidados de Dios. Los caucheros trabajan de sol a sol, sin poder salir de allí, rodeados de insectos monstruosos y bajo las miradas feroces del capataz. Estos capataces, mimados por las empresas explotadoras, no llevan látigo, pero se untan con *curare* la uña del dedo pulgar; y para ser verdugos de los trabajadores, les basta con un simple arañazo. (*Sordamente.*) Guillermo quiso luchar a favor de los condenados de aquel infierno, y pereció en la lucha contra enemigos demasiado poderosos. Me lo mataron una noche, cuando volvía de la plantación. (*Daniel hace un gesto de asombro.*)

DANIEL.—¿Es posible?

HERMINIA.—Días enteros pasé yo preguntándome eso mismo. Pero había sido, y mi vida acababa de desmoronarse para siempre. (*Con acento ligero.*) Los ocho años transcurridos desde entonces los he vivido sin conciencia de vivirlos. Pasé maquinalmente de unos países a otros; y he hecho de todo, sin que nada de lo que hacía interesase verdaderamente. Una temporada me dejé absorber por la música... Durante los dos años que siguieron practiqué el espionaje... He tenido ráfagas de misticismo... Épocas de vivir obsesionada por el juego... Para unas personas, he sido un demonio; para otras, un ángel. Y, en realidad, sólo soy una mujer que se ha dejado en el camino los mejores resortes de la vida. (*Confidencialmente.*) ¿Comprende usted ahora por qué no me interesa la fiesta que se celebra ahí dentro (*Por la izquierda*), y por qué no he aceptado su invitación de bailar? He caído hoy en esta casa, donde ni siquiera conozco a los

dueños, por pura casualidad. Me he refugiado en este rincón para estar a solas con mis recuerdos...

DANIEL.—Y yo se lo he impedido...

HERMINIA.—Todo lo contrario. Usted me ha hecho evocarlos en voz alta... Le estoy muy agradecida. Como que casi le he tomado afecto.

DANIEL.—*(Que ha vuelto a recuperar el control de sí mismo y ha lanzado una nueva ojeada a su reloj. Intentando llevarla hacia dentro.)* Pero ahora son ya las doce menos diez...

HERMINIA.—Sí. Y a las doce en punto empieza a funcionar el bar. Vaya usted, amigo mío. Y, para cuando yo entre, ¿me tendrá usted preparado un *whisky* con hielo?

DANIEL.—*(Consultando, ahora abiertamente, su reloj.)* Sí, si no tarda usted en venir más de cinco minutos...

HERMINIA.—Se lo prometo.

DANIEL.—En ese caso, hasta ahora mismo. *(Se vuelve para iniciar el mutis. En ese instante, la puerta de la izquierda refleja una sombra interior.)* ¡Ah!

HERMINIA.—¿Qué ocurre?

DANIEL.—La dueña de la casa viene hacia aquí.

HERMINIA.—*(Asustada.)* ¿La dueña de la casa? *(Por la izquierda aparece Germana. Es una dama de treinta y tantos años, muy elegante, con una gran estampa.)*

GERMANA.—*(Yendo recta hacia Daniel.)* ¡Querido señor Togores! ¡Muchas gracias, muchísimas gracias por la gentileza que representa de su parte el estar dándole conversación a Herminia! *(A Herminia.)* Justamente andaba buscándoles para presentarles. Pero la juventud no necesita presentaciones. ¿Qué? Le habrá mareado bastante, ¿verdad?...

DANIEL.—*(Sin comprender nada.)* ¿Quién?

GERMANA.—*(Sorprendida.)* ¿Quién va a ser? Herminia. *(Más sorprendida todavía.)* ¡Ah! ¿De manera que estaban charla que te charla sin conocerse? ¿Cómo podía figurármelo? *(Sonriente.)* Herminia es mi hija, querido señor Togores. A mis buenos diecisiete años me casé con su padre en un momento de desvarío. Y no lo digo porque me haya ido mal, sino porque las mujeres no debíamos casarnos tan jóvenes... Pero no tenemos arreglo; y lo que yo hice con el padre de Herminia a los diecisiete años, lo hará también Herminia cualquier día a sus dieciocho.

DANIEL.—(*En el colmo del estupor.*) ¿A sus dieciocho? (*Vuelve su mirada a Herminia, que tiene los ojos clavados en el suelo.*)

GERMANA.—Ni uno menos, pero ni uno más. Herminia ha salido del colegio el mes pasado: estaba interna desde los siete. Ahora que yo no he visto una cabeza más despabilada que la suya... Todo lo sabe, de todo se entera, todo lo lee... ¿Qué le parece a usted que se trajo del internado, que se los había dejado el hermano de una compañera? ¡Cinco tomos, así de gordos, que se titulaban: *Misterios de la policía y del crimen*¹! Y anoche tuve que entrar en su cuarto a apagarle la luz, porque se había quedado dormida leyendo. Y el libro que tenía en la cama se llamaba: *La vida en las plantaciones de caucho de Colombia*. ¿Hay absurdo mayor? En mi vida me ha interesado a mí el caucho, ni podía yo figurarme que se plantase como los espárragos. Yo pienso que las mujeres no hemos nacido para leer libros, sino para dar motivo a que se escriban, porque... Pero ¿qué es eso? ¿Lloras?

DANIEL.—(*Dando un paso hacia Herminia, que ha roto a llorar.*) Herminia...

GERMANA.—(*Avanzando también.*) ¿Qué te ocurre? ¡Nena!

HERMINIA.—Déjame... (*Con voz ahogada; rechazándola.*) ¡Déjame! (*Huye por la izquierda, ocultando el rostro.*)

GERMANA.—Pero ¿qué le pasa? ¡¡Se va llorando!! ¡En un día como el de hoy! Pero, discúlpeme, amigo Togores. (*Inicia el mutis.*) Voy a ver. Hasta ahora. (*Se va por la izquierda, cerrando la puerta. Por la derecha aparece de nuevo el Pelirrojo.*)

PELIRROJO.—¿Qué?

DANIEL.—¡«Pelirrojo»! ¡A escape! ¡Avisa al «Tío», que no apague las luces de la casa a las doce!

PELIRROJO.—¿Que no apague las luces de la casa?

DANIEL.—¡Contraorden general! ¡Que se retiren los coches de la fachada del rompeolas! ¡Que se larguen todos!

PELIRROJO.—¡Pero, Daniel!

DANIEL.—Ya no se da el golpe esta noche.

¹ Se trata de un libro real, *Mysteries of Police and Crime*, escrito por Arthur Griffiths, inspector de las prisiones de Inglaterra, y publicado en 1902.

PELIRROJO.—¿Que no se da ya?

DANIEL.—¿Es que no hablo claro? ¡¡Que no!! ¡Anda, y no pierdas un segundo, «Pelirrojo»!

PELIRROJO.—Ahí voy, ahí voy. *(Se va por la derecha rápidamente. Daniel queda pensativo, apoyado en la balaustrada. Dentro vuelve a sonar la música de baile.)*

DANIEL.—*(Hablando consigo mismo.)* Madre de una hija desaparecida... Cómplice de estafadores... Traficante en cocaína... Viuda de un marido que no tuvo nunca... Aventurera internacional... Todo lo había conocido... Nada le interesaba ya... ¡Y llegó, incluso, a hacérmelo creer a mí! *(Sonriendo, embelesado.)* ¡Poder de la imaginación! ¡Poder de la juventud y de la inocencia! Inocencia y juventud: las dos cosas que yo he perdido, ¡y que sólo ella podría darme!... *(Una idea súbita le cambia, de pronto, la expresión del rostro.)* Pero ¿por qué conoce a Díaz? ¿Dónde le ha visto para saber lo de la cicatriz en la frente? Un misterio... Un aliciente más... ¿No había de ser así mi compañera ideal, mi mujer ideal? ¡Casarse! ¡Casarte tú, Daniel! *(Se ríe, no sin cierta amargura en la voz y, de pronto, se queda serio, con la mirada fija.)* Y después de todo..., ¿por qué no? *(Sigue oyéndose dentro la música y empiezan a sonar doce campanadas en un reloj de torre lejano. Cae el*

TELÓN

(Un telón de boca, en el que se lee:)

DE SOCIEDAD

Esta mañana, en la iglesia de la Concepción, se ha verificado el enlace de la bellísima señorita Herminia Arévalo Iturride con don Juan Togores y Suárez Guerrico, de antigua familia española, radicado en el Plata desde hace varios años.

Apadrinaron a los nuevos esposos el padre de la novia, el acaudalado prócer don Felipe Arévalo, y su distinguida esposa. Y firmaron como testigos numerosos y honorables amigos de los contrayentes.

Con tan brillante ceremonia se ha escrito el último capítulo de una historia de amor que tuvo su iniciación hace seis meses en San Sebastián, donde la juvenil pareja trabó conocimiento en el hotelito veraniego de la novia, justamente la noche en que ésta, recién salida de un internado de Toulouse, celebraba su puesta de largo y su feliz entrada en Sociedad.

Esta noche, en el palacete de los Arévalo, en la calle de Lista, se festejará con una comida íntima el dicho acontecimiento.

Felicitamos a todos los interesados, y deseamos una luna de miel eterna a los nuevos esposos.

(De un semanario dedicado a la vida social.)

ACTO PRIMERO

Amplísimo vestíbulo en la casa del padre de Herminia, en Madrid. Es una mezcla de vestíbulo y de salón, trazado muy irregularmente; el lateral izquierda y el foro forman un ángulo con la batería; y el lateral derecha, un brusco recodo con el foro. El muro del lateral izquierda es bastante más bajo que los otros muros que constituyen el recinto, pues por encima de él corre una galería por la que se baja a la escena merced a una escalera que, en su último tramo, da frente al público. En el extremo de la galería, ya en el foro, se abre una puerta que conduce a habitaciones interiores, y a la que llamaremos foro izquierda superior. En el otro extremo, otra puerta igual, «la izquierda superior». A lo largo de la galería, en el lateral izquierda, corre un ventanal con forillo de jardín. Debajo de la galería, el lateral izquierda forma una especie de chácena con una gran puerta que da al jardín, en el primer término del precitado lateral izquierda, y en el segundo término otro ventanal, también con forillo de jardín. Al lado de la gran puerta de la izquierda, pero en el foro, otra puertecita, cuya situación y tamaño corresponden exactamente con la del piso de arriba; para diferenciar ambas, a esta última la llamaremos puerta «del foro izquierda inferior». La pared del foro, que, como queda dicho, forma ángulo recto con la de la izquierda, se abre en un amplísimo arco de medio punto que conduce a un salón, muy iluminado, y cuya perspectiva se pierde hacia la derecha. Este salón está a un nivel superior al nivel de la escena, y se llega a él gracias a dos largos peldaños que nacen junto al pie del arco de medio punto descrito. A este hueco, para mayor claridad, le denominaremos «foro centro». Por lo que afecta al lateral derecha, está constituido por un paño que corre desde la batería hacia el foro con puerta en el primer término; al llegar al segundo, forma un ángulo recto para volver a doblar y concluir en la pared del foro, cerca del arco de medio punto. En ese segundo término así formado se abre una séptima y última puerta pequeñita, por la que se va a las cocinas y demás dependencias de la casa.

Respecto al mobiliario, es el siguiente: en primer término derecha, en la rinconada que forma este lateral, un diván en ángulo, con una mesita delante, y a su lado un sillón. Un gran diván en el salón del foro centro, y al lado, una mesita enana con un cacharro con flores y un piano de cola. Otro diván, en la izquierda, adosado al ventanal inferior y todo a lo largo de él. Al pie de la escalera, dando frente al público, dos silloncitos pequeños, y entremedias, una mesita enana con un teléfono. En la pared del salón del foro, un gran cuadro encima del diván, y, a ambos lados, aparatos de luz. Luz indirecta en la chácena de la izquierda, con conmutador, que juega varias veces, situado en la jamba de la puerta de la izquierda, detrás de la escalera. Sobre el diván de la derecha, otros dos cuadros. El que da frente al público necesita aclaraciones: es pequeño, de unos 40 x 60, y está colgado de forma que se bascula al tocarlo; cuando el cuadro se retira del todo, detrás de él se descubre una trampita de unos 30 x 30 centímetros, y al accionar su resorte en la misma pared, la trampita se descorre hacia la derecha, mostrando el motivo de todo aquel artificio, y que es, sencillamente, una pequeña caja de caudales, redonda,

de acero pulimentado, empotrada en el muro. En la pared de la derecha, segundo término, junto a la escalera de servicio, un teléfono interior. Hay que advertir, respecto a la puerta de la izquierda, que siempre que se abre y mientras se mantiene abierta, suena un timbre, que no cesa hasta que la puerta se cierra de nuevo. Es de noche, cerca de las once. En febrero.

Al levantarse el telón están encendidas todas las luces, y el cuadro del foro derecha aparece torcido. La escena, desierta.

EMPIEZA LA ACCIÓN

Unos instantes de pausa, y la luz de la chácena se apaga, aparentemente, sola. Nueva pequeña pausa, y se oye en la escena la voz del «Tío», aunque no se le ve por ninguna parte.

VOZ DEL TÍO.—¡Quieto! ¡Quieto! *(Otra brevísima pausa, y por el foro aparece el Pelirrojo. Va de mayordomo. Vestido de toda gala y con un empaque fantástico. Avanza solemnemente en dirección a la escena, estirándose los guantes; baja los peldaños y se dirige al teléfono interior del segundo derecha. Descuelga y habla, levantando una ceja con pedantería atroz.)*

PELIRROJO.—¡Oiga! ¡Alló! ¿Cocina? *Cuisine? Office?* Aquí es Peter, el mayordomo. Os llamo para rogaros encarecidamente que subáis al comedor, cuanto antes, el helado, porque los señores lo esperan desde hace tres minutos. *(Pausa.)* Yes. Sí. *(Pausa.)* Oui, oui: el helado, el glacé, el ice cream. *(Pausa.)* Eso es. *Très bien. All right. (Pausa.)* ¡Oíd, boceras, no me hagáis bajar ahí, porque si bajo, os voy a partir la boca a todos! ¡Y ya está aquí el helado como las balas!, ¿eh? *(Pausa.)* ¡Ah, bueno!... Bien. *Parfaitement. Okay!* *(Cuelga. Fijándose de pronto en el cuadro torcido y arrugando el entrecejo.)* Pero... ¿otra vez? *(Se acerca al cuadro.)* Ya me está a mí mosqueando esto del cuadro torcido... *(Lo pone derecho y fija la vista, también con aire preocupado, en la chácena de la izquierda.)* Y esa luz también me tiene ya negro. ¿Quién demonios la apaga? No voy a tener más remedio que echar un vistazo ahí fuera. *(Saca del bolsillo una pistola, la monta, cerciorándose de que nadie le ve, y, después de encender la chácena, se va por la izquierda, volviendo a cerrar la puerta, con lo cual, el timbre, que suena al estar abierta, deja de sonar. Queda la escena sola. Una breve pausa y vuelve a oírse la voz del Tío, aunque sin vérselo por ningún lado.)*

VOZ DEL TÍO.—Apaga otra vez esa maldita luz, que si no, van a acabar por vernos... *(La luz de la chácena se apaga.)* Y ahora que no hay nadie, ¡aprovecha! ¡Dame la bolsa de la herramienta! Y mucho tiento pa que, si vuelve del jardín ese granuja, no nos pille desprevenidos. *(De debajo de la escalera de la izquierda sale el Castelar, el cual se dirige al ventanal y observa el exterior. Del mismo sitio que el Castelar surge el Tío, con una bolsa de herramientas en la mano.)*

CASTELAR.—Cincontrar melandro los calataos...